

La otra cara de Gulliver

De todos los escritores cuyas obras, destinadas a conmover o aleccionar a intelectos maduros, fueron confinadas en el limbo venial de la literatura infantil, quizá el caso de Jonathan Swift sea el más patético. Páse que se considere una novela de aventuras "Moby Dick", porque en buena y grata medida lo es; también puede aceptarse que los calculadísimos absurdos de Lewis Carroll sigan en manos de los niños, porque tal fue el disfraz que eligió voluntariamente él para dar curso a su peligroso humor. ¡Pero Swift! ¡Pero ese Gulliver que se mueve a través de una evidente alegoría, cuyas aventuras no tienen ninguna vocación de recreo narrativo, sino que son la más despiadada sátira que de todo se burla: de la política exterior de Francia e Inglaterra, de la avaricia, de la pedertería de la ciencia, de la ignorancia, del deseo de prolongar indefinidamente una vida insostenible, del bienestar estúpido que prometen los políticos, de la incapacidad de amar y de la imposibilidad de renunciar a fingir amor...! ¡Pocos autores han contemplado lo que son los hombres y lo que han hecho del mundo con menos simpatía, con un desprecio más cerebral, con una cólera en la que brillen menos atisbos de piedad. ¡Dios mío, si lo que aprende Gulliver en su periplo son todas las verdades que se supone que los niños no deben saber, ni siquiera llegar a sospechar! No es que Gulliver sea poco educativo: por el contrario, enseña tanto que aniquila toda posibilidad de pedagogía, pues ésta se apoya en una dosificación más o menos infundada del optimismo Gulliver no prepara para el mundo y la vida, sino contra el mundo y la vida. En vez de disponer a una carrera productiva, la fundación de una familia o la abnegada militancia en un partido político, leer ese bello cuento de viajes precipita en la Trapa o aconseja el pistoleazo en la sien. Se me dirá que precisamente se encerraron esas páginas terribles en el kindergarten para neutralizarlas, para diluir su veneno demasiado obvio en la puerilidad en la que todo está permitido porque nada importa. Así debe ser; pero se trata de un juego peligroso y chocante. Como si ese otro panfleto aniquilador de Swift, su "Modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de

Irlanda sean una carga para sus padres y su país y para hacerlos útiles al público", en la que propone vender a los niños como carne de lujo, ya que, gorditos y con no más de un año, son un plato exquisito, como si este otro panfleto, digo, se catalogase en las bibliotecas en la sección de gastronomía, junto a Apicio y a la "Fisiología del gusto"...

Aunque sea a favor de un malentendido, los viajes de Gulliver son fácilmente accesibles en todas las lenguas. En cambio, casi todo el resto de la obra de Swift es poco conocido, al menos para los lectores de habla castellana, pese a incluir obras maestras no inferiores a las aventuras del vagabundo aprendiz de relativismo ético. Sin duda, la más importante es la que ahora se publica en la colección Maldoror, en espléndida traducción de Marisol de Mora: la "Historia de una barrica" (1). Swift escribió esta sátira genial a los veintinueve años, cuando trabajaba como eficiente secretario de su protector sir William Temple. "¡Qué gran talento tenía yo cuando escribí ese libro!", diría melancólicamente muchos años después. Efectivamente, en realidad jamás superó la acerada brillantez de este escrito primerizo, en donde el jubiloso furor de un polemista nato, precozmente desencantado de casi todo lo que encandila la semimuerte de los hombres, se despliega en un alarde de brío conceptual y eficacia estilística como pocas veces se han dado ni antes ni después en la riquísima literatura inglesa. Lo de menos es el pretexto que desencadena el verbo corrosivo de Swift, la triple vía de corrupción que siguen católicos, luteranos y anglicanos para desvirtuar la pureza de la Biblia de la que se reclaman: lo que importa es la fulminante mordacidad puesta en juego, los latigazos que se reparten a derecha e izquierda contra la necedad dogmática y la manía herética, contra la vanidad, la codicia y el afán de dominio que se ocultan detrás de toda querrela ideológica. ¡Cómo debió disfrutar el joven Voltaire leyendo a Swift en su destierro londinense! Pero los ramalazos más cáusticos del francés son simples caricias al lado de las páginas demolidoras del deán. En esa barrica está toda la literatura clásica, el pesimismo de los estoicos y de Lucrecio o la magnífica y amarga parodia del "Elogio de la locu-

(1) "Historia de una barrica", de J. Swift, trad. Marisol de Mora y J. M. Palau, col. Maldoror, Barcelona, 1976.

ra" de Erasmo; pero está sobre todo lo mejor de la literatura inglesa subsiguiente, desde los meandros distanciadores de Sterne y la filosofía del vestido de Carlyle hasta el refinado arte de la disgresión de Thomas de Quincey. La vitalidad estética de una obra en nada depende de la vocación edificante de su autor: el ácido destructor de esta sátira ha sido más fecundo y estimulante que todos los cánticos positivos —muchos de ellos ricos en talento— de su época. Esta edición se complementa con otro escrito polémico de Swift, "La batalla entre los libros antiguos y modernos". El pretexto, en es-



Jonathan Swift.



Gulliver en Lilliput.

te caso, no sólo es irrelevante, sino netamente desfavorable a Swift, pues se trata de enjugar una metedura de pata de Sir William Temple, quién para probar la superioridad sencilla y ática de los autores clásicos había esgrimido unas "Epístolas de Phalaris" que resultaron apócrifas. Swift, sin embargo, hizo una de-

fensa de los autores antiguos frente a los modernos tan diabólicamente hábil y de tanto tino cómico que logró hacer cambiar de bando a los ridiculizadores de Temple. Lo de menos es que Swift, probablemente, estuviese muy lejos de creer en lo que defendía...

Decepcionado de la lucha política, en la que respaldó con fervor la causa de su Irlanda pobre y sometida; enemistado por su carácter cada vez más áspero con todos sus amigos; desgarrado por esos amores —Stella, Vanessa...— en los que puso toda la pasión compatible con el horror físico al acto de la carne, el vivísimo ingenio de Swift se fue hundiendo poco a poco en una demencia apática. En una de las piezas más hermosas del teatro contemporáneo. "Palabras escritas en el cristal de una ventana", W. B. Yeats nos devuelve en una escalofriante sesión de espiritismo al Swift atormentado de los últimos años. El espíritu desgarrado cierra la obra con estas palabras: "¡Maldito sea el día en que nació!". Es la voz cavernosa y fúnebre de Gulliver cuando por fin se encontró a salvo en su casa. ■ FERNANDO SAVATER.

Una novela (anti)colonialista antológica

La ventana de las letras españolas abierta hacia el exterior da, desde hace unos meses, a una extraña obra supuestamente extemporánea, pero que es una de las clásicas europeas. Se trata en concreto de la novela "Max Havelaar", del holandés Multatuli (primera edición neerlandesa 1860).

El nombre de Multatuli (del latín multa tuli, "mucho he tenido que aguantar") fue adoptado como seudónimo por Eduard Douwes Dekker (1820-1887), hombre idealista y polémico, que en 1839 entró al servicio del régimen colonialista holandés en Indonesia, donde desempeñó varios puestos sobre el terreno como enlace administrativo entre la población indígena y el gobierno colonial, hasta que en 1856 dimitió, a causa de un conflicto con el gobernador general, dedicándose en lo sucesivo a la propagación de sus ideas en novela, teatro y ensayo.

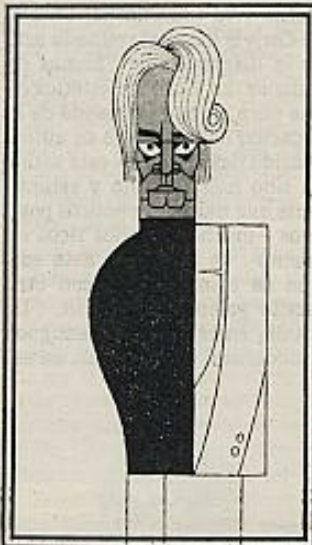
Este conflicto y su radicación en la situación colonial forman la materia del libro autobiográfico "Max Havelaar". Por medio

El largo viaje de un español en el exilio

Publicada en 1963 en Francia (donde obtuvo, entre otros, el Prix de la Résistance), esta novela (1), de un español exiliado en 1939, militante en la Resistencia Antinazi, dirigente del Partido Comunista Español, cuya actividad intelectual se ha fraguado más allá de nuestras fronteras, como tantas otras figuras españolas que se vieron obligadas a dejar su patria tras la victoria del franquismo, centrándose fundamentalmente en guiones cinematográficos ("La guerre est finie", "Z", "La confesión", etcétera) y adaptaciones escénicas, así como otras dos novelas más aparte de la que aquí reseñamos.

El relato que nos ocupa es un condensado alud de recuerdos que se ciñen al eje que constituyen las cuatro noches pasadas en el interior de un vagón, junto con un centenar de deportados, a quienes los SS conducen a un campo de concentración. El presente alucinante de un viaje en condiciones infrahumanas, que a toda costa hay que superar con la urgencia instintiva por sobrevivir del hombre acosado, vejado y abocado constantemente

(1) "El largo viaje". Jorge Semprún. Barcelona, 1976. Ed. Seix Barral.



te al abismo de la muerte, es el punto de partida para la proyección de zooms ascendentes e imágenes retrospectivas de un tiempo que cabe llamar pasado, en la medida en que los hechos se sitúan antes de la detención llevada a cabo por la Gestapo y de la posterior deportación al campo de Buchenwald en el convoy.

Las piezas del "puzzle" que pueblan la memoria son metódicamente diseccionadas para ceñirse lo más posible a la realidad de un tiempo marcado a fuego en la memoria: la lucha contra el fascismo en una pa-

tria lejana, pero no por ello olvidada, sino más bien revivida en la Francia invadida por los nazis.

Todo el relato está impregnado de una sensación física experimentada en la claustrofobia del vagón precintado, del campo de concentración, de la clandestinidad y del estado de alerta constante de unas vidas que fueron testigos de una de las épocas más demenciales de la historia contemporánea: la bestialidad del más alto grado de fascismo, coronada con las águilas imperiales del poder nazi. La voz en primera persona que narra lo que podría ser una autobiografía, escrita diecisiete años después de los hechos, con la perspectiva que la distancia proporciona, es el hilo donde se enhebran las sensaciones personales aletargadas por el olvido temporal y aparente de quien fue testigo de la conmoción histórica que supuso la erupción volcánica del nazismo, así como el testimonio vivo del rotundo "NO", apurado hasta las últimas consecuencias, que millares de personas pronunciaron, si no con su voz, sí con sus actos y su actividad militante en esta eclosión, frente a la cual tantos y tantos se vieron hermanados en los frentes de resistencia. ■ MARY SOL OLBA.

a él confiados por un antiguo compañero de escuela venido a menos (¡Havelaar!). He aquí el segundo nivel narrativo de esta novela, que abarca la gestión administrativa de Havelaar en Lebak. En el tercer nivel surge al final del libro, en plan de reivindicador, el propio Multatuli, quien arrebató la pluma al anterior y emprende la diatriba directa:

"Y si no se me quisiera creer... (en Holanda).

Entonces me pondría a traducir el libro en las pocas lenguas que conozco y en las muchas que puedo aprender para pedirle a Europa lo que inútilmente le he pedido a Holanda.

Y en todas las capitales europeas se cantarían coplillas como ésta:

Hay a orillas de la mar,
Desde la Frisia al Escalda,
Un breve Estado-Pirata
Muy fácil de adivinar". (Páginas 383-4.)

Estos y otros detalles los encontrará el lector en la versión española de F. Carrasquer, que firma también la introducción y las notas. (Otra cuestión es si su estilo de traducir es el más apropiado para el caso. Me gustaría oír el juicio de algún experto en la materia.)

Total, un libro crucial para quien se interese por la literatura europea, para el que sienta la herida del colonialismo interior y exterior, y simplemente para todo aquel que quiera leer algo eminentemente significativo. ■ HANS A. S. TROMP (profesor de neerlandés en la Universidad Complutense).

Multatuli: Max Havelaar o las subastas de café de la Compañía Comercial Holandesa. Introducción, traducción y notas por F. Carrasquer. Los Libros de la Frontera, Barcelona 1976.

"Investigación y Ciencia"

Con el cartel y el prestigio de "Scientific American" acaba de aparecer "Investigación y Ciencia" (editada por Prensa Científica, S. A.), publicación que supone, en castellano, una saludable aportación a nuestro escuálido panorama de revistas científicas.

Cuenta "Investigación y Ciencia" con el principalísimo papel social que ha adquirido la ciencia en nuestra época, y espera facilitar al "lector culto, especializado o no", la asimilación

de él, Multatuli busca la justificación de sus actuaciones y convicciones. Porque Multatuli (el protagonista Max Havelaar del libro), al poco tiempo de asumir un nuevo puesto en la provincia de Lebak, isla de Java, se percató de que el regente javanés de la región y sus familiares, por sus abusos, están llevando a la población labradora a la indigencia completa, en provecho de su propio bienestar material, aparte de estar involucrados en la muerte misteriosa de su predecesor en el puesto. Al informar al gobernador general de estas anomalías, recordando su juramento de "proteger a la población indígena contra la opresión, los malos tratos y contra toda exacción" (p. 116) —las ideas de la Revolución Francesa habían servido por lo menos para algo—, Havelaar recibe una negativa a su petición de que se abra una investigación acerca

del comportamiento de aquella familia. El motivo reside en que la administración colonial holandesa se servía de estos caciques (en general pertenecientes a la oligarquía indígena) a fin de mantener el orden e imponer a los campesinos los cultivos más provechosos para el mercado holandés (en 1858, Holanda obtuvo un tercio de su renta nacional de Indonesia). Por esto, el gobernador general prefiere hacer la vista gorda, y ante estas explícitas muestras de negligencia y complicidad del gobierno colonial con los abusos de poder y de explotación inhumana, Havelaar opta por cortar por lo sano, volver a Holanda y hacer un llamamiento a la opinión pública. Las consecuencias políticas de su libro no han enmudecido hasta nuestros días...

Como los buenos sentimientos no bastan en este mundo, la novela se limitaría a ser interesan-

te y edificante si Multatuli no hubiese sido un escritor tan grande. Con él se inaugura la innovación de la novela. La fuerza persuasoria de esta primera obra suya no debe poco a su triple estructura. "Max Havelaar" comienza como una sátira: la exposición de un comerciante pequeño-burgués de café (la mayor fuente de los ingresos coloniales del país), quien quiere hacer saber a sus compatriotas que el cultivo del café en Indonesia corre peligro; una sátira con muchos brotes de humor que dibuja con toques casi imperceptibles de "buen sentido" el prototipo del burgués convicto de su propia honradez y rectitud de pensamiento, amparándose en las mezquinas reglas vigentes de su sociedad y su religión. Por fin, decide éste que un joven escribano de su oficina componga la novela a base de los datos que ha encontrado entre los papeles